

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito acceptis referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis...

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet.

—Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Talbott.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.

## PARTE EXTRANJERA.

¿Qué tal habrá parecido á Mr. Thiers la comunicación que el señor ministro de Negocios extranjeros del vecino imperio ha dirigido al Cuerpo legislativo del mismo participándole el resultado de la conferencia en Londres?

Mediten nuestros lectores un poco sobre el contenido del documento que nos trasmite el telégrafo y publicamos en su lugar oportuno, y es seguro que como nosotros opinar que el historiador de la revolución y del imperio, el ministro de Luis Felipe, el estadista doctrinario se habrá regodeado grandemente al escuchar los tres primeros párrafos de la comunicación de M. Moustier. Si á M. Thiers se le da el encargo de escribir dichos párrafos, es fácil que no los hubiera redactado mas en su favor.

La conferencia, dice M. Moustier, reunida en Londres, ha firmado el 11 el tratado fijando definitivamente la situación internacional del gran ducado de Luxemburgo.

Francia había juzgado urgente el mantener su seguridad amenazada por la posición militar eminentemente ofensiva de Prusia, desde las últimas modificaciones europeas.

Esperábamos de Prusia sentimientos conciliadores, porque Francia ha tenido siempre miramientos por las susceptibilidades, y admitido un examen leal de la cuestión europea por las grandes potencias.

Hemos declarado que aceptaríamos toda solución, compatible con nuestra dignidad, que fuera recomendada por el objeto de consolidar la paz.

Sin la campaña del verano último, ni era necesaria la conferencia de Londres, ni peligraba la dignidad de Francia, ni había para que esperar ni temer nada de Prusia, ni hubiera tenido el Gobierno francés que pasar por las horcas caudinas de someter su tranquilidad al arbitrio de otras potencias.

Ahora bien; Francia debía haber previsto, como dijo Mr. Thiers en su último discurso, que tras la unidad italiana vendría inflexiblemente la unidad alemana, y para que esto no sucediera debió haber impedido la unificación de Italia. Y hé aquí que habiendo sobrevenido Bismarck, hombre de rara sagacidad política, y de una audacia para la acción todavía mayor, como era consiguiente, planteó al punto el problema de la unidad alemana. ¿Cuál debió ser entonces la conducta de Francia?

Francia, según el mismo orador, debía haber previsto que, «cualquiera que fuese, el resultado de la guerra sería desgraciado, que el estado de Europa sufriría detrimento, que Francia había de verse afectada por la mudanza, que en ningún caso sacaría provecho alguno, sobre todo provecho territorial, y debió procurar impedir la guerra. Más, lejos de eso, Francia trabajó en cierto modo en favor de la unidad alemana declarando que se debía consultar la opinión de los pueblos, y estalló la guerra que se debía haber evitado y cuyas consecuencias no podían ser favorables ni para Francia ni para Europa.

Si Francia ofuscada por su ambición no hubiera practicado en Italia el injusto principio de las nacionalidades, ó si, aunque lo practicó en Italia, lo hubiera rechazado en Alemania, ni se hubiera llegado á la guerra del año de 1866, ni Prusia se hubiera engrandecido. Francia sigue otra conducta creyendo que se le ofrecía una nueva ocasión de aumentar su territorio y de llevar sus fronteras hasta las orillas del Rhin, y en vez de conseguir sus deseos, vé cambiada la situación internacional del Luxemburgo y amenazada la seguridad del Imperio francés; y la nación que se cree señora de la suerte del mundo, tiene que someterse al arbitrio de varias y esperar de Prusia sentimientos conciliadores.

Per que quis peccat per ea torquetur. Francia ha pecado de orgullo y de ambición, y ha sido herida en su ambición y en su orgullo. Pero el caso es que M. Thiers acusaba al Gobierno francés de improvisar al apoyar, siquiera fuese indirectamente, la guerra alemana; y el Gobierno francés después de haberse defendido en las Cámaras de las acusaciones de M. Thiers, le da hoy la razón de un modo incondicional, absoluto. Ignoramos si no el significado de los primeros párrafos de la comunicación de monsieur Moustier.

No somos partidarios de las teorías que en derecho público profesa M. Thiers: tan absurdo es para nosotros el principio del equilibrio europeo que, con ingenio y erudición dignos de mejor causa, sustenta, como el de las nacionalidades que combate calorosamente; pero reconocemos de buen grado que estuvo oportuno en sus cargos al Gobierno cuando este viene á darle la razón, que es lo que á nosotros nos interesa consignar.

Analizando el documento, se ve igualmente que

Francia estima mucho y agradece la alta imparcialidad y el sincero deseo de un arreglo honroso que han manifestado las Potencias, lo cual demuestra claramente que no hay ya en la nación vecina aquella altivez hija de la convicción de su superioridad sobre los demás pueblos de Europa, que hasta hace poco la distinguía.

Es notable también la prudencia de no querer publicar el tratado antes de su ratificación, limitándose por ahora á comunicar la sustancia de él. Por cierto que si no hay más sustancia esparcida por los artículos del documento, no debe quedar Prusia muy contenta, porque no satisface á esta la independencia del ducado en toda la extensión que verán nuestros lectores en su respectivo lugar; esa independencia es la concesión que hace Prusia en virtud del acuerdo de la Conferencia y sería anómalo que no obtuviera en cambio alguna compensación. Si se le otorga esta ¿por qué M. Moustier no la consigna? si no se le otorga ¿llegará el tratado á ratificarse? Hé aquí el dilema que surge espontáneamente de la contemplación del documento que estamos examinando. Aun indemnizando á Prusia, preguntamos si la indemnización parecerá suficiente.

Pero no haya miedo, «el tratado responde á las miras de Francia; pone término á la difícil situación existente desde cincuenta años; garantiza nuestra frontera del Norte; asegura la independencia del Rey-Duque; suprime las causas de conflicto, y afirma la paz de Europa.» Así lo dice Mr. Moustier con un aplomo incomprensible, como si en la cuestión del Luxemburgo no hubiera más intereses particulares comprometidos que los de Francia y el Ducado. No hay duda que debe ser curioso el juicio que se forme en Berlín de la comunicación del ministro francés.

Visto el exclusivismo que rebosa en la sustancia del nuevo tratado de Londres, ó al menos la esgrimida por Mr. Moustier, no chocó que el Gobierno del Emperador Napoleón celebre el resultado de una conferencia que por primera vez, según dice, ha prevenido la guerra. Esto no es M. Moustier, sino el tiempo, quien lo debe decir; en esta convicción los periódicos han convertido sus miradas á la cuestión de Oriente, y según las noticias que nos comunican, la lucha sigue sostenida en la isla de Creta, donde los griegos han elegido un poder ejecutivo, proclamado la Constitución griega y elegido á Maurocordato, que ha sido ministro del Rey Jorge I, por gobernador general de Candia, interin la isla puede anexarse al reino griego. Al mismo tiempo los representantes de Rusia en Constantinopla vuelven á reclamar de la Puerta la cesión de Creta á la Grecia.

Indudablemente la cuestión de Oriente es una de las que con más preferencia deben ocupar la atención de Europa. De su solución depende la suerte del continente, sobre todo si la política rusa, como se dice, interviene en aquella.

### DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

París, 13 (á las siete de la noche).—El ministro de Negocios extranjeros, M. Moustier, ha leído en el Cuerpo legislativo la comunicación siguiente: «La conferencia reunida en Londres ha firmado el 11 el tratado fijando definitivamente la situación internacional del gran ducado de Luxemburgo.

Francia había juzgado urgente asegurar su seguridad amenazada por la posición militar eminentemente ofensiva de Prusia, mantenida desde las últimas modificaciones europeas.

Esperábamos de Prusia sentimientos conciliadores, porque Francia ha tenido siempre miramientos por las susceptibilidades y admitido un examen leal de la cuestión europea por las grandes potencias. Hemos declarado que aceptaríamos toda solución compatible con nuestra dignidad que fuera recomendada por el objeto de consolidar la paz. Las potencias han manifestado una alta imparcialidad y el sincero deseo de un arreglo honroso.

Después de las ratificaciones, el Gobierno publicará el tratado, cuya sustancia es esta: «Los derechos del Gran Duque de Luxemburgo quedan mantenidos. El ducado se ha declarado neutral bajo la garantía de las Potencias signatarias.

La ciudad de Luxemburgo cesará de ser fortificada. Prusia evacuará la plaza tan pronto como estén cangeadas las ratificaciones. El Gran Duque ha sido invitado á convertir la ciudad de Luxemburgo en ciudad abierta. Los trabajos de demolición empezarán después de la evacuación. Las ratificaciones se efectuarán en el plazo máximo de cuatro semanas.

El tratado responde á las miras de Francia; pone término á la situación enojosa existente desde cincuenta años; garantiza nuestra frontera del Norte; asegura la independencia del Gran Duque; suprime las causas de conflicto y afirma la paz de Europa.

El Gobierno celebra este resultado, y hace constar los buenos sentimientos de las Potencias para con nosotros.

Por primera vez la Conferencia no ha seguido á la guerra, sino que la ha prevenido, lo cual es indicio de las tendencias nuevas, cuyos amigos, el progreso y la civilización, están de enhorabuena.

M. Julio Favre pidió los documentos para discutir ulteriormente la cuestión.

El ministro de Estado y Hacienda, M. Rouher, contestó que serían comunicados después de cambiadas las ratificaciones.

París, 14.—El Monitor de hoy publica un decreto imperial disponiendo que los sargentos y soldados del ejército activo que hubiesen ingresado el año 1860 en clase de voluntarios, y que terminen

sus enganches hasta el 31 de Diciembre de este año, sean resituados definitivamente á sus hogares.

Los rumores belicosos en la Bolsa y en los círculos políticos han terminado por completo. Las cotizaciones de ayer experimentaron una subida bastante considerable.

Las correspondencias de Berlín dirigidas á el Times, aunque dos días antes de haberse presentado el tratado de Londres, afirman que reina grande irritación en Alemania con motivo de los constantes armamentos de la Francia. Dicen que el Gabinete prusiano ha llamado sobre este punto, no solo la atención del Emperador Napoleón, sino también la de Inglaterra y Rusia. La Prusia se vería obligada á llamar sus reservas, si este estado de cosas no se modificase. El Times espera que el buen éxito que ha tenido la conferencia de Londres provocará un principio de desarme, así en Francia como en Alemania.

Apenas las nubes se alejan un poco de los horizontes de Alemania, cuando la atención vuelve á fijarse en Oriente. La lucha sigue sostenida en la isla de Creta, donde los griegos han elegido un poder ejecutivo, proclamado la Constitución griega y elegido á Maurocordato, que ha sido ministro del Rey Jorge I, por gobernador general de Candia, interin la isla puede anexarse al reino griego. Al mismo tiempo los representantes de Rusia en Constantinopla vuelven á reclamar de la Puerta la cesión de Creta á la Grecia. Hay pruebas evidentes de que por toda clase de medios la política rusa fomenta el levantamiento de Creta, y prepara sucesos iguales en el Epiro y la Tesalia.

El Emperador y la emperatriz de Austria se encuentran desde el 8 en Pesth. Las damas húngaras, por invitación de las de la capital, habían adornado con guirnaldas de flores todo el camino que habían tenido que recorrer SS. MM. desde su entrada en el reino hasta su llegada á Pesth.

Para el acto de la coronación vestirá el Emperador un dolman encarnado, ricamente bordado; un pantalón húngaro del mismo color; y botas amarillas de campana hasta más arriba de las rodillas; un manto real de tela azul y bajo el manto el cordón del Toison de Oro.

El caballo blanco que montará el Emperador, llevará riquísimos jaeces; la mantilla estará guarnecida con las armas bordadas de los diversos condados, y las crines del caballo trenzadas con cordones de oro.

Después de la coronación harán SS. MM. una excursión por el interior de la Hungría, y visitarán la mayor parte de las grandes poblaciones. Esta excursión durará unos quince días. Acompañarán á SS. MM. el ministro presidente, conde Andrássy y el ministro del Interior baron Wenckheim.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 15 DE MAYO DE 1867.

### LA DOCTRINA DEL CONDE DE MAISTRE

EN DOCA DEL MINISTERIO.

#### Art. II.

No solo ha reconocido el señor ministro de la Gobernación «la diferencia que puede haber entre las Constituciones escritas y la verdadera Constitución del país» sino prosiguiendo esta senda de verdad y de luz ha tenido valor para declarar ingenuamente que es una obligación de los Gobiernos fijarse en tan grave distinción.

«Desgraciado el Gobierno, añade el orador del ministerio, que tomando al pie de la letra el texto de la Constitución escrita como representación genuina y verdadera del organismo social, no se reserva la libertad de ver si hay discordia entre esos dos datos del problema! Ni se detiene aquí el señor ministro, pues recordando en su calidad de gobernante que la verdad que proclama no debe quedar en tésis especulativa, propia de una escuela, sino servir de regla de conducta, como principio práctico de aplicación, añade dirigiéndose á los partidarios de la letra que mata: á los que miran y adoran el texto de las Constituciones escritas como el non plus ultra de la sabiduría política: «Queréis privar al Gobierno de pensar y meditar sobre eso, de avisar al país y de entregar á la representación nacional sus observaciones?»

«Hay algo, dice antes el orador ministro, hay algo en el fondo que debe llamar la atención de los hombres pensadores.» Y estas palabras las dice refiriéndose á los datos contrapuestos del problema, ó sea á la distancia, á la diferencia que hay entre el organismo constitucional real y verdadero del país, y el organismo constitucional que se ha escrito y que existe como ley. Al examinar por vez primera estas solemnes declaraciones, nos lamentábamos de que el ilustre orador no hubiese explicado, no hubiese descrito con su animada y pintoresca palabra algo que está en el fondo de esta cuestión, y que da tan grave materia de meditación á los hombres pensadores y principalmente al Gobierno de S. M.; pero bien mirada la cosa, no hay aquí misterio ni punto alguno que necesite explicación. El Sr. Gonzalez Brabo se refiere visible-

mente á términos bien conocidos y experimentados, que luchan entre sí, uno de los cuales consiste en las Constituciones escritas como una receta nacida de un estudio mayor ó menor del derecho y de otras ciencias, y el otro en las verdaderas constituciones no escritas por los hombres, sino hechas por Dios al través de los siglos. Aquel primer término es puramente humano, nacido á priori en el cerebro de los filósofos subjetivos que aspiran á regular al mundo con las abstracciones de su mente estraviada y soberbia, verdaderos ideólogos como los llamaba Napoleón, que cierto los conocía bien. Por el contrario, los organismos constitucionales no escritos son un término que bien puede llamarse divino, no precisamente porque sea obra directa é inmediata de Dios, sino porque en él se muestra el hombre sometido á la acción superior de la Providencia, que dispone todas las cosas conforme á sus admirables designios. Y es de notar aquí la profundidad con que refiriéndose á las constituciones verdaderas ó no escritas de los pueblos decía el Sr. Gonzalez Brabo que Dios las forma al través de los siglos; por donde asimismo se diferencian de las formadas por los hombres, en las cuales no se emplea más tiempo que el que se tarda en escribir las en el papel. Dios, en efecto, ordena y proporciona el plan de sus obras con la misma medida y sabiduría á que sujetó los siglos: aptata esse secula Verbo Dei. ¡Cosa notable! Estos organismos formados por Dios al través de los siglos tienen una duración inmortal y «es inútil, dice el señor ministro de la Gobernación, oponerse á ellos, porque ellos dominarán al fin y al cabo sobre todos los que escriban los hombres,» al paso que estos últimos, obra de un día, nacen muertos, por decirlo así, y se deshacen con un soplo, como decía muy bien uno de sus autores, el Sr. Martinez de la Rosa, aunque á otro propósito en estos versos:

Y las obras que eternas juzga el hombre  
Con un soplo deshace.

«En qué consiste, añade el señor ministro de la Gobernación, que unos entiendan la Constitución de una manera lata y otros la entienden de una manera más limitada; que unos la dan una explicación en un sentido determinado, que otros se la dan en sentido diverso, y que todos, cuando llegan circunstancias críticas, la enmiendan, la violan, la rompan, y no una, sino todas las Constituciones?» ¡Ah! la explicación es muy fácil: lo que hacen los hombres por sí mismos, sin contar con Dios y contra lo mismo que Dios hace, lleva en su misma fragilidad el principio de su destrucción, la causa de sus perpétuas vicisitudes.

En Francia, en el espacio de 25 años, se sucedieron nada menos que diez Constituciones, de mano de hombres, lo que dá por término medio dos años y seis meses de vida para cada una. «Esto manifiesta bien á las palabras, decía nuestro insigne Balmes, que los fabricantes de Constituciones estaban muy lejos de poder exclamar aquello de monumentum aere perennius.»

Oigamos ahora al Sr. Gonzalez Brabo acerca de lo acaecido sobre esto mismo en España: «¿Qué ha sucedido en nuestras Constituciones? Aquí pudiera yo citar algunos versos de Jorge Manrique. ¿Qué ha sido de nuestras Constituciones? ¡Con que fe, con qué entusiasmo, con qué virtud (1) se hizo la Constitución de 1812! ¿Dónde hay hombres más sinceros que aquellos hombres?... Hicieron una Constitución con la fe de la ciencia y de la doctrina. ¿Qué ha sido de aquella Constitución? ¿Por qué no domina? Era la Constitución escrita; la real tuvo la ventaja con el tiempo.» No es posible espresar con mas viva elocuencia la razón de la instabilidad de aquella obra, hecha no con fe divina, aunque al frente de ella parece invocado el nombre de la Santísima Trinidad, sino con fe humana de ciencia y de doctrina también humanas. Los mismos legisladores de Cádiz, apesar de su inmensa presunción, que les movió á luchar con los hados, ó mejor dicho con la obra indestructible de Dios, dieron muestras de la poca confianza que abrigaban en la duración de su obra disponiendo en el art. 375 que hasta pasados ocho años, después de hallarse puesta en práctica en todas sus partes, no se pudiese proponer alteración, adición ni reforma en ninguno de sus artículos. Pero en vano pretendieron hacerla invariable, cayendo en una contradicción palmaria con el principio de la soberanía nacional que proclamaron: al fin era un Constitución escrita; la real tuvo la ventaja con el tiempo, es decir, á los dos años de haber nacido.

Y respecto al Estatuto Real, prosigue el señor Gonzalez Brabo, ¿qué fué de él?... Pero no seguiremos al ilustre orador preguntando por todas y cada una de las Constituciones «he-

(1) En esto estamos conformes del todo con S. E.

chas bajo el punto de vista de la escuela que a priori quiere constituir las sociedades:» bastarnos consignar la confesión del ministro sobre un hecho notorio por otra parte, que confirma su tésis sobre la vanidad de los que quieren oponerse á los organismos formados por Dios al través de los siglos, porque estos organismos dominarán al fin y al cabo sobre todos los que escriban los hombres.

No tenemos palabras con qué agradecer al señor ministro tan bellas, tan magníficas declaraciones. En ellas vemos con gozo el triunfo de la verdad en el orden especulativo, y el germen del bien en el orden práctico. Volvemos al fin los ojos á lo pasado con todas sus glorias y grandezas reunidas como en un foco divino en el organismo admirable de nuestra patria, formado en la sucesión de los siglos por la mano de Dios; y enlazando lo pasado con lo futuro, el recuerdo con la esperanza, buscamos pasando por alto las miserias de lo presente un destino mejor para la infortunada España, guiada, ó por mejor decir, estraviada en lo que va de siglo por la fe humana de una ciencia y de una doctrina divorciadas de la fe verdadera; el destino providencial que poseemos cuando la Constitución que la regia era de origen divino y estaba informada del espíritu mismo de nuestra antigua é indestructible fe. ¡Oh! aunque por desgracia salga fallida esta esperanza, porque las obras no concuerden con las palabras, ni la promesa con su cumplimiento; lo que estamos muy lejos de negar, pues nos sentimos persuadidos de la bondad de las intenciones y de la sinceridad de las palabras, seamos licito de todos modos alegrarnos viendo reconocida por los gobernantes la necesidad de que Dios intervenga en el gobierno de los pueblos, de que Dios forme las Constituciones, de que Dios construya el edificio social, y la impotencia de los hombres para construirlo sin este fundamento. El grande, y estamos por decir el único error de la política moderna, es la presunción de poder hacer felices á los pueblos con organismos escritos en que el nombre de Dios está invocado en vano, como una simple fórmula, pues sus autores se atribuyen á sí mismos, á su razón, á sus fuerzas el principio ordenador de la sociedad: ¿cómo no hemos, pues, de gozarnos al oír que esta pretensión es insensata, porque la constitución de los pueblos es obra hecha por Dios al través de los siglos?

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

Demasiado sabemos que La Epoca no pide «que se realice arbitrariamente una reforma en el alto Clero, ni que se haga por el Estado nada que no esté en sus facultades.» Si La Epoca tal hiciese no sería llamado periódico conservador, sino progresista puro ó democrático, y con estos títulos no se introduciría de fijo donde ahora se introduce, para causar acaso mayores males que los que podría producir si se manifestase extremadamente revolucionario, la misión de La Epoca, como ahora se dice, la sabe demasiado La Epoca para que incurra en faltas tan graves.

Por eso nosotros no atribuimos á este periódico propósitos que no tiene ni puede tener; por eso nos concretamos á censurar, como censuramos ahora, únicamente que con toda esa suavidad y mansedumbre aparente de que suele revestirse La Epoca para herir á mansalva el sentimiento católico del país, propusiese un nuevo arreglo de diócesis, cuando todavía no se ha llevado á cabo el que pocos años hace decretó el Sumo Pontífice, de acuerdo con el Gobierno español.

¿Qué se le figura á La Epoca? ¿Cree por ventura que la Iglesia está dispuesta á hacer nuevas circunscripciones de diócesis siempre que á un periódico ó á un ministro se le antoje? El gobierno de la Iglesia no se parece felizmente á ningún otro Gobierno, y menos aun á los Gobiernos del día, y La Epoca dá pruebas de no conocer la disciplina eclesiástica ni el gobierno de la Iglesia al proponer seriamente ese desatino. Hable, pues, La Epoca, de política menuda, que es su terreno, y en él se lucirá seguramente, con gran contentamiento de todos los conservadores liberales habidos y por haber, pero deje á un lado lo que no entiende, y desista de indicar siquiera asuntos de derecho canónico, que se resuelven por reglas muy distintas, opuestas acaso á las reglas que con maestría sabe aplicar La Epoca, á la política de los pasillos ó del salón de conferencias del Congreso.

Pero dice el diario de la tarde, que al pedir la supresión de algunas diócesis, no ha pedido que se disminuya el pasto espiritual á los fieles, y exclama: «Se escatima ese alimento porque las diócesis guarden cierta relación con el número de las provincias existentes, ni se cercena facilitando la instrucción por medio del Clero parroquial?»



La *Epoca* en esta discusión ha ido cediendo poco a poco, en términos que a poco que se prolongue, es fácil que acabe aquel periódico por decirnos que sostiene nuestra propia doctrina. Esto también está en carácter.

Dijo el primer día *La Epoca*:  
«Tampoco puede negarse que una nueva demarcación eclesiástica, verificada con el necesario acuerdo de la corte pontificia, reduciría considerablemente el presupuesto de Culto y Clero, pudiendo suprimirse aquellas diócesis que no son absolutamente indispensables. Cuando Francia paga 40 millones de francos por los gastos de todos sus cultos, nosotros contribuimos con 180 millones de reales, siendo como lo es, tan inferior nuestra riqueza, y no es dudoso, a nuestro juicio, que el Santo Padre accedería a una modificación conveniente que, sin desatender los altos intereses religiosos, desahogara al Erario de una parte de sus grandes compromisos.»

Esto y nada más que esto dice *La Epoca* el sábado, y en esto hay disminución notoria de pasto espiritual. Pero el domingo le salió al encuentro *La España*, y ya aquel periódico varió aunque poco del lenguaje como pueden ver nuestros lectores en las siguientes líneas:

«Lo que hemos pedido, partiendo de que la situación de España, como dice el señor ministro de Hacienda, es una situación extraordinaria y del más completo concurso de la corte de Roma, que no le negará ciertamente a nuestro país, es una nueva circunscripción de diócesis que lentamente y sin lastimar ningún derecho legítimo haga posible la reducción del presupuesto del alto Clero, y establezca además la conveniente armonía entre la Iglesia y el Estado.»

Anoche, por último, contestando a nosotros, dice, como nuestros lectores han visto, que no se acerca el alimento espiritual a los fieles «por que las diócesis guardan cierta relación con el número de las provincias existentes, ni facilitando la instrucción por medio del Clero parroquial.»

Ahi tienen nuestros lectores lo que es *La Epoca*. Su última proposición apenas se parece a la primera, y esto que pasa hoy a *La Epoca* ha pasado antes de ahora y tiene que pasar siempre a los que pretenden no disgustar mucho a los unos y a los otros, a los católicos y a los liberales.

Por último, *La Epoca* acaba las líneas que nos dedica con las siguientes, que verdaderamente no tienen precio:

«Las razones que alega *El Pensamiento* tendrían más fuerza respecto de las universidades, y sin embargo, no se le ha ocurrido censurar que en el proyecto de presupuestos se supriman cuatro de las existentes para aliviar, siquiera sea en una corta suma, las cargas del Erario.»

*La Epoca* pudo ver en el mismo número que tenía delante al contestarnos, un artículo nuestro oponiéndonos a la supresión de universidades. Ha padecido, pues, una distracción algo notable en verdad, y que puede servir de provechosa enseñanza, porque si los hombres nos equivocamos acerca de lo que tenemos a la vista, ¿con cuánta más facilidad dirémos despropósitos tratando de ligero asuntos muy graves, que tienen sus reglas sancionadas por la autoridad de la Iglesia y de los siglos, y cuyas materias, ó no conocemos, ó conocemos sólo por lo poco y acaso malo que estudiamos cuando éramos niños?

Ayer en la sesión del Congreso hablaron el Sr. Bertran de Lis y el Sr. Menéndez de Lurcar y presentaron un proyecto de ley varios diputados católicos. Estos tres hechos son dignos de especial mención por nuestra parte, tanto más cuanto que *El Pensamiento Español* ha tratado en estos mismos días los tres asuntos a que nos referimos.

Preguntó el Sr. Bertran de Lis si el Clero estaba ó no comprendido en la excepción hecha a favor de algunas clases de la contribución del 5 por 100 establecida en el proyecto de presupuestos. El señor ministro de Fomento vino a decir que no, y por lo tanto, que a pesar del Concordato, el Clero se verá obligado a sufrir ese descuento del 5 por 100.

El señor ministro, a quien realmente no iba dirigida la pregunta, sino al de Hacienda, dió una razón para justificar el hecho de no ser exceptuado el Clero (si no llega a serlo), en el nuevo descuento que va a sufrir; dió una razón, decimos, idéntica a la que ha dado *La España* y a la que da hoy *El Español*, contestándonos a nosotros sobre este mismo punto.

Hay tal pobreza de razones, sin duda, para defender el descuento, que ni a *La España*, ni a *El Español*, ni aun al mismo señor ministro, cuya ilustración es reconocida, se les ocurre otra.

Esta razón magna está reducida a decir que el clero ha dado una prueba de su desinterés y patriotismo al aceptar el descuento del año anterior. De modo que por ser generoso y desinteresado una vez, voluntariamente, se le va a obligar a serlo por fuerza, mediante una ley que no está conforme con la letra ni con el espíritu del Concordato. No parece sino que es una falta en el clero la generosidad, cuando se le quiere castigar privándole por lo más de la explotación, que es lo que constituye el mérito del desinterés. Nosotros creemos que la razón dada por el señor ministro y por los periódicos ministeriales es contraproducente.

Por lo mismo que el Clero en el año anterior ha cedido parte de su exigua asignación, no se le debe exigir que en el año presente haga un sacrificio superior realmente a sus fuerzas; sacrificio que en último resultado redunde en perjuicio de los pobres, que son los especiales favorecidos del Clero, que son, puede decirse, los co-propietarios del haber eclesiástico. El señor ministro de Hacienda en la Memoria de los presupuestos decía que el descuento de los empleados perjudicaba al comercio, porque se disminuía el consumo, y decía bien el señor mi-

nistro. Pero no es extensiva esta misma razón al descuento del Clero que perjudica a los pobres, según hemos manifestado?

Además de esto, en el proyecto de ley se exige del descuento, entre otros, a los tenedores de títulos de la deuda exterior y de las deudas procedentes de tratados. Entre las deudas de esta última clase figurará indudablemente la del Clero, porque nadie niega que procede de un tratado tan solemne y tan respetable como el Concordato. ¿Se quiere sostener todavía que el Clero debe sufrir ese descuento? Pues se cae en una palmaria contradicción, al olvidar que el Clero percibe su asignación en virtud de una deuda que con él se tiene procedente de un tratado.

Diga *El Español* lo que quiera, la injusticia del descuento es evidente y su defensa imposible.

Después del Sr. Bertran de Lis, repitió el señor Menéndez de Lurcar la pregunta que en una de las sesiones anteriores había hecho al ministro de Fomento sobre el profesorado público. Hubo de no contestarla el señor ministro, y el diputado católico anunció que en la sesión próxima promovería la cuestión en otra forma, por los medios que el reglamento le concede.

Finalmente, las secciones autorizaron la lectura de la siguiente importante proposición de ley:

«Artículo 1.º Queda suprimida la Universidad central establecida en Madrid, y se restablece la antigua de Alcalá de Henares, fundada por el Cardenal Jimenez de Cisneros.

Art. 2.º En todas las universidades de la Península se conferirán los grados de doctor en las facultades que en ellas se enseñen.

Palacio del Congreso, 14 de Mayo de 1867.—Cándido Nocedal.—Ramon Vinader.—Fernando Fernandez de Velasco.—Domingo Diaz Caneja.—A. Menéndez Lurcar.—Pablo Valls.—Francisco J. Garvia.

Felicitemos cordialmente a estos señores por haberse decidido a presentar una proposición de tanto interés para la patria.

Según tenemos entendido, la proposición será defendida por el Sr. D. Ramon Vinader.

Vayan nuestros lectores atando si pueden estos cabos.

*La Epoca* es un periódico de los que más se han distinguido en pedir la supresión de los días de fiesta de institución eclesiástica.

Y sin embargo *La Epoca* es el único periódico de su clase que se publica los domingos, y no guarda de consiguiente las fiestas de derecho divino.

En cambio hoy, día de San Isidro, fiesta que, según *La Epoca* debe suprimirse, no se publica *La Epoca*. Nos alegramos.

El Congreso concedió ayer licencia al señor Navarro Villoslada para ausentarse de esta corte por motivos de salud.

Nuestro compañero en efecto ha tenido que dejarnos por algún tiempo, y el domingo salió con dirección a Andalucía, en donde esperamos que los aires puros del campo, y sobre todo el descanso mental, le devuelvan la salud de que tanto necesita.

Confiamos en Dios que su ausencia no será larga.

Por falta de espacio no podemos insertar hoy el extracto de la sesión del Congreso de ayer.

Mañana además del extracto, publicaremos las palabras pronunciadas por los Sres. Bertran de Lis y Menéndez de Lurcar, tomadas del *Diario de las Sesiones*.

Leemos en *El Español*:  
«Habiéndose recomendado por el ministerio de Marina a la autoridad superior del departamento de Cartagena, que hiciese las oportunas prevenciones al comandante del vapor *Vigilante*, destinado a conducir al Sr. Rios Rosas, contestó en 2 de Enero último lo siguiente:

«El *Vigilante* salió esta mañana, como tengo participado, y no lo verifico ahora, por presentarse mal al Sr. D. Antonio Rios Rosas, que, por supuesto, alojó en la cámara del comandante, y será considerado como correspondiente, como estaba ya acordado. Dígasele Vd. al general, para que quede satisfecho.»

Esta carta, según *El Español*, se conserva en el ministerio de Marina.

El proyecto leído ayer en el Congreso por el señor ministro de Fomento propone que se autorice al Gobierno para otorgar sin subasta pública la concesión del ferrocarril de Granollers a San Juan de las Abadesas, relevándole del cumplimiento de los artículos 25, 26, 27 y 29 de la ley general de 3 de Junio de 1855. Esta concesión habrá de hacerse con arreglo al proyecto que apruebe el Gobierno en vista del resultado que arrojen los estudios que al efecto se están practicando. El Gobierno dará una subvención de 2,300,000 escudos, y abonará la suma a que ascienda la equivalencia de los derechos de introducción del material. El pago de estas subvenciones se hará en títulos del 5 por 100 consolidado, al tipo de 50 por 100.

Este proyecto pasó a las secciones, que nombraron a los señores Sabater, Plá y Caneja, Perales, Tró y Ortollano, Barnola, Mas y Abad y Fivaller, para que diesen dictámen sobre el mismo.

La comisión quedó constituida anoche mismo, eligiendo presidente al Sr. Plá y secretario al señor Fivaller.

Ayer tarde estuvieron reunidas las subcomisiones de presupuestos de Fomento, Guerra y Marina; anoche debió terminarse sus trabajos la subcomisión de Hacienda, y hoy a las tres se reúne la subcomisión de Marina.

Las secciones del Congreso han nombrado ayer tarde las siguientes comisiones:

«Para el proyecto de ley autorizando al Gobierno para formalizar con intervención de la Santa Sede el arreglo de las capellanías colativas de sangre, a los señores: Manresa, Coronado, Gutierrez

(D. Benito), Lobo, Aguado y Vergara, Mayo de la Fuente, Ojedo (D. Nicolás).

Para el proyecto de ley aprobando los suplementos de crédito y créditos extraordinarios concedidos a virtud de la ley de 20 de Febrero de 1850 a los señores: Navarro, Concha Castañeda, Moreno (D. Manuel María), Tejado, Segovia, Bautista Muñoz, Peyronnet.

Y para la proposición de ley fijando los derechos de introducción del papel extranjero de imprimir a los señores: Paz, Polo, Torres Vallderrama, marques de Sardoal, Manzanares, Caramés, Perez, San Millán.

Las mismas secciones autorizaron la proposición de ley de que hablamos en otro lugar, acerca de la supresión de la Universidad central y restablecimiento de la antigua de Alcalá.

Actualmente se encuentran en Madrid los señores Obispos de Canarias, Puerto-Rico, Almería y Cartagena.

Hoy con motivo de la festividad del día no celebran sesión el Senado ni el Congreso.

Ha llegado a Zamora el brigadier señor Seijas Lozano.

Según dice un periódico, S. M. el Rey está bastante mejorado de su indisposición.

Dícese que la corte saldrá uno de estos días de Madrid a pasar una temporada en alguno de los sitios reales.

En la cámara de los Lores de Inglaterra, ha habido un ligero incidente respecto a la cuestión del *Tornado*. El marqués de Clanricarde preguntó si se había recibido alguna contestación del Gobierno español al último despacho del ministro de Negocios extranjeros relativo a este asunto.

El conde de Derby dijo que se había recibido una contestación, fecha del lunes 2 de Mayo, la cual se había pasado a los juristas de la Corona, y no era posible por el momento dar explicación acerca de ella.

Dice *El Español* que los gobernadores de la Corona y Jaen han dirigido al señor ministro de la Gobernación despachos telegráficos desmintiendo las acusaciones que les hizo desde su puesto del Senado el Sr. Calderon Collantes.

Los diputados por la provincia de Cádiz señores Velazquez, Santa Cruz de Loguano y Ferrer obtuvieron de S. M. días pasados el indulto de la pena de muerte al carabinero Salvador Villaplana, que iba a ser puesto en capilla en aquella población.

Hasta el día 16 no salió de Cádiz el vapor-correo de las Antillas.

## NOTICIAS GENERALES.

Ayer ha llovido en Badajoz, Burgos, Cáceres, Ciudad-Real, Guadalajara, Leon, Logroño, Lugo, Madrid, Orense, Pontevedra, Salamanca, Santander, Soria, Toledo, Vitoria y Zamora.

Hoy están abiertas al público las tres capillas consagradas a San Isidro: la primera, que fué habitación del Santo en la antigua casa de Ivan de Vargas, junto a la parroquia de San Andrés; la segunda, situada en la calle del Almendro que era la cuadra donde encerraba los bueyes para la labranza, y la tercera en la calle del Águila, donde se conserva la caja mortuoria que sirvió algún tiempo de depósito al cuerpo incorrupto del patrono de Madrid.

El viernes próximo dará principio en la iglesia del Carmen Calzado la solemne novena que la archidiócesis de jóvenes de Santa Rita de Casia dedica anualmente a su gloriosa patrona y titular. Todos los días habrá por la mañana Misa mayor con manifestos y sermon, y por la tarde se cantarán completas, asistiendo a estos cultos una brillante orquesta dirigida por el maestro de música de la misma congregación, D. Victoriano Daroca. Según costumbre, y para solemnizar más estas fiestas, se repartirán limosnas a los pobres en dinero y en especie.

En la exposición anual de Bellas Artes, celebrada en los Campos Eliseos de París, se han presentado unos 15,000 cuadros, y entre los expositores figuran seis u ocho españoles. Las medallas que debían distribuirse eran 50, todas de la misma clase, habiendo correspondido dos de estas a nuestros compatriotas Sres. Zamacois y Rodríguez.

Ha sido nombrado arquitecto del segundo distrito de esta provincia, D. José María Aguilar.

El jueves, viernes y sábado próximos, no habrá despacho para el público en la Audiencia, por hacerse en estos días el desahucio de las salas de justicia y demás oficinas del tribunal.

Según la Memoria que acaba de publicar la Real Asociación de beneficencia domiciliaria de esta corte, compuesta de señoras de la grandeza, los pobres socorridos por esta piadosa asociación durante el año anterior, fueron 10,339; lo gastado en comestibles, medicinas, ropas y otros efectos ascendió a la suma de reales 291,545.20 céntimos, y quedó una existencia en 1.º del corriente año de 79,750.87.

El comisario régio español en la Exposición universal de París, señor marqués de Bedmar, dará el viernes una comida a los comisionados españoles.

Con motivo de la festividad de San Isidro se han establecido precios reducidos en coches de segunda y tercera clase desde Medina del Campo a Madrid, pero con la condición de que los que venguan disfrutando de la rebaja habrá de salir de Madrid de vuelta de su excursión en el mismo día 15 por la noche ó el 16 por la mañana.

## CORREO DE HOY.

Según dice un periódico de Roma, el día 2 del corriente inauguró en aquella ciudad sus sesiones la Academia de la religión católica. El Cardenal Martel pronunció un magnífico discurso inaugural, exponiendo con brillantez sin igual el estado del mundo, y de Roma cuando San Pedro llegó a esta última; demostrando la inmensa superioridad de las doctrinas apostólicas sobre las instituciones y doctrinas paganas y la influencia del Catolicismo en la verdadera civilización, describiendo el estado actual del mundo y deduciendo en conclusión que la Providencia ha establecido para sanar a las naciones la Catedral de San Pedro en Roma, y adjudicado a los Pontífices la soberanía temporal, además del poder espiritual.

El conde Crotti de Cortigione, diputado católico en Italia, ha sido rechazado del Parlamento por haberse negado a prestar el juramento sin las restricciones establecidas por la Santa Sede en la parte religiosa. Estas restricciones consisten en que los diputados católicos italianos, al emitir el juramento de fidelidad y obediencia prescrito por la ley, añadan la fórmula «*Salvis legibus divinis et ecclesiasticis*» y la pronuncien oyéndola por lo menos dos ó tres testigos. El conde Crotti ha cumplido los deberes de un buen católico, y se le han cerrado las puertas de la Asamblea.

¿Cuál les parece a nuestros lectores que será el carácter de un Congreso que no admite a quien fuera obediencia y fidelidad a las instituciones y leyes del país en cuanto no se opongan a las leyes divinas y eclesiásticas? ¿Cuál el carácter de las instituciones del país en donde eso sucede?

El señor VICEPRESIDENTE (Tejada): Ruego a V. S. se concrete todo lo posible a la alusión.

El Sr. CORRADE: Voy a concluir pronto.

La transición que propongo es una necesidad imperiosa que se siente aun mejor que se explica; y al proponerla no he hecho más que examinar los desaciertos de todos y dirigir los cargos más ó menos fundados para que se comprenda que todos hemos cometido grandes faltas, y para que de común acuerdo, poniendo la mano sobre nuestro corazón, extendamos un velo sobre lo pasado, y vengamos a un verdadero régimen constitucional, que es el único que puede salvar la patria de los peligros que la amenazan y sacar incólume el Trono de Isabel II.

Mientras todos los partidos no reconozcan una legalidad común como punto de partida, agrúpanse alrededor del Trono cojon de nuestra Reina, sacando así a la nación del Estado en que se encuentra, no habrá paz, orden, justicia ni nación, porque una nación no puede estar en la lamentable confusión a que la han traído los desaciertos de todos.

Dijo también el señor general Serrano que yo tuve la gloria de que mi discurso fuese reproducido por un periódico ministerial. Yo, señores, no me cuido de si mi discurso es ó no reproducido por estos ó los otros periódicos. En el curso de mi vida política me he visto objeto de alabanzas y de vituperios, porque los periódicos acogen aquello que mejor les parece para herir a sus adversarios; así es, que cuando yo hacía oposición decidida a un ministerio moderado presidido por el señor duque de Valencia, los hombres de la unión liberal acogían mis artículos y los hacían suyos; de consiguiente, nada significa lo que ha dicho su señoría.

Para concluir, debo manifestar a mi amigo el señor general Serrano, que a pesar de que en el curso de mi carrera política, ni yo he necesitado de S. S. ni S. S. de mí, y que hemos estado constantemente separados por la línea divisoria de los principios, puede tener completa seguridad de que, si bien yo podré equivocarme en mis apreciaciones, yo obro siempre con la lealtad é independencia propia de mi carácter, y jamás contra amigos ni adversarios saldré de mis labios expresión alguna que pueda herir su honra, ni poner en duda su buena fe, rectitud y lealtad.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Tejada): El Sr. Escudero y Azara tiene la palabra para algunas ligeras rectificaciones.

El Sr. ESCUDERO Y AZARA: El Sr. Seijas Lozano, en el elocuente discurso que pronunció ayer, tuvo por conveniente hacer varias alusiones a mi humilde persona con ocasión de las razones que expuse en apoyo de mi voto particular; y si esto hubiese tenido lugar antes de que el Senado lo hubiese desechado, hubiera estado en mi derecho contestando a S. S., como lo hubiera verificado; pero considerando que las prescripciones del reglamento no me permiten hacerlo, he pedido la palabra para alusiones personales, para que quede esto consignado. Yo juzgo que mi voto particular está fuera de combate una vez que el Senado en su alta sabiduría no tuvo por conveniente aceptarlo, y por consiguiente que no puedo hacer otra cosa que consolarme repitiendo las palabras de aquel amigo de Pompeyo, que cuando supo la derrota de Farsalia, y considerando enterrada allí la libertad del pueblo romano, exclamó: *Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni*.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Tejada): El Sr. Rodríguez Vaamonde tiene la palabra en contra.

El Sr. RODRIGUEZ VAAMONDE: Señores señadores, siento mucho que me haya llegado el turno para hacer uso de la palabra cuando me hallo muy poco restablecido de una indisposición grave que he sufrido hace poco. Es posible que las fuerzas físicas no me ayuden en esta ocasión: sin embargo, las situaciones políticas tienen algo de los puestos de honor de los militares, y es indispensable arrostrar las consecuencias.

Se trata de una cuestión que interesa vivamente a todas las personas a quienes no puede ser indiferente la conservación de la carta constitucional y de la libertad del país. Aquí se han oido especies que han dado lugar a creer que la Constitución del Estado tiene una situación incierta, y esta es una cosa de primera gravedad en un Gobierno representativo; y las personas que tienen la honra de pertenecer a los poderes públicos, al entrar en estas altas posiciones traen un gran deber.

El país olvida, calla, trabaja, paga las contribuciones y no pide más sino que se le asegure el orden y la libertad; y en cambio de esto los poderes públicos, cuando hay algún riesgo que amenaza las instituciones, deben estar en la brecha para defenderlas.

Antes de entrar en el fondo de la cuestión me permitiré algunas observaciones generales que creo de interés acerca del proyecto en general.

He notado que el dictamen de la comisión se presenta desnudo de todo razonamiento, cuando siempre vemos que al dar una comisión dictámen sobre cualquier proyecto de ley funda todos los disposiciones que en él se consignan; y así creo hubiera sucedido si cualquiera de los proyectos que vienen comprendidos en el que nos ocupa se hubiera presentado aisladamente. Ahora, sin embargo, la comisión dice que no encuentra necesario hacer ningún examen razonado acerca del proyecto, y se limita a la discusión que sobre este materia se tuvo en el Congreso, lo cual es desusado y contrario a todas las costumbres parlamentarias del mundo: hay más, ese proyecto está escrito con una impropiedad, que me maravilla cómo no se ha fijado la atención en ello, pues no tiene sentido.

Dice el proyecto: «Se declara libre al actual ministerio de la responsabilidad en que haya incurrido por todos los actos de su administración en que se haya abrogado las facultades del poder legislativo.» El verbo abrogar significa derogar, anular, revocar totalmente una cosa, y esto se ha puesto en lugar de arrojar, que significa atribuirse, apropiarse facultades que no corresponden; y no es una equivocación de imprenta, pues consultado el texto original del Gobierno está redactado de la misma manera viciosa, y así se ha votado en el otro Cuerpo, y colocado el verbo donde está, dice, no los actos en que se haya atribuido, sino los en que se haya derogado disposiciones ó facultades del poder legislativo; así que esto debe corregirse de manera que merezca la aprobación de uno y otro Cuerpo Colegislador.

Al darse cuenta de este proyecto rogué al Gobierno de S. M. enviase copia de los decretos que se querían elevar a la categoría de leyes: los señores presidente del Consejo de ministros y ministro de Fomento han cumplido por su parte; pero los demás han guardado silencio, y no conocemos de una manera positiva las medidas a que se quiere dar el carácter de leyes. Hay más. Se dice: todos los actos de la Administración en que este ministerio se haya atribuido facultades legislativas; y preciso es saber qué actos son estos, porque de otra manera tenemos que votar a ojos cerrados.

Descartado de estas consideraciones, voy a ocuparme de otra que es sumamente grave. El señor ministro de la Gobernación ha dicho aquí que una de las causas fundamentales del desorden que reina en España proviene de que aquí hay dos Constituciones: una escrita y jurada por todos nosotros, y otra íntima, real, no escrita; y añadía su señoría que desgraciado el Gobierno que pierda de vista esta Constitución.

No tengo noticia de que esto se haya dicho en Parlamento alguno, y bueno sería saber dónde está esa Constitución real y positiva. S. S. lo sabrá; pero como se conducirá en su razonamiento los argumentos más ó menos especiosos que se le ocurran, a cualquier otro ministro se le puede ofrecer el mismo modo de discurrir, y esto dará lugar a la mayor confusión que puede producirse en un régimen constitucional.

El conde Crotti de Cortigione, diputado católico en Italia, ha sido rechazado del Parlamento por haberse negado a prestar el juramento sin las restricciones establecidas por la Santa Sede en la parte religiosa. Estas restricciones consisten en que los diputados católicos italianos, al emitir el juramento de fidelidad y obediencia prescrito por la ley, añadan la fórmula «*Salvis legibus divinis et ecclesiasticis*» y la pronuncien oyéndola por lo menos dos ó tres testigos. El conde Crotti ha cumplido los deberes de un buen católico, y se le han cerrado las puertas de la Asamblea.

¿Cuál les parece a nuestros lectores que será el carácter de un Congreso que no admite a quien fuera obediencia y fidelidad a las instituciones y leyes del país en cuanto no se opongan a las leyes divinas y eclesiásticas? ¿Cuál el carácter de las instituciones del país en donde eso sucede?



Cuando se hizo la Constitución del 45 por el partido moderado, no tuvo en cuenta las condiciones esenciales y fundamentales de este país? No se dijo que la Constitución era a un país lo que la gramática a un idioma? Pues bien: esa Constitución era el símbolo del partido moderado, y desde entonces hasta ahora se ha estado en la firme creencia de que llenaba cumplidamente la misión de un régimen constitucional conforme a las teorías modernas del orden liberal, y a las costumbres, tradiciones y creencias que existen en la nación española.

¿Qué guerra, pues, decir esa Constitución real no escrita? Yo, señores, no lo concibo; pero un país que admite semejante máxima está colocado en una de las tendencias más peligrosas. La Constitución en todos los países regidos por el Gobierno representativo es el arma santa a que nadie se atreve a tocar; pero sería la cosa más insignificante si cualquiera miembro del Gabinete ha de entenderla de diverso modo en cada caso, sus disposiciones y lo que hay oposición entre las costumbres o las ideas que dominan en el seno de la sociedad. De esto no puede resultar más que la confusión, el caos, la guerra civil.

Se quiere decir acaso que este país tiene un gran fondo monárquico, y que este lo absorbe todo? Eso no sería exacto. Aquí ha habido una gran lucha: dos principios se han disputado la preponderancia, y la victoria ha decidido gran litigio, correspondiendo al triunfo a la alianza de la tradición con los principios protectores de la libertad. Y si después de esto no quisiéramos oír más que el eco de cierta clase de intereses y preocupaciones, volveríamos otra vez al punto de partida y no habríamos adelantado nada. No hay nada que pueda mirarse como indiferencia, porque es una cosa que está justificada por la historia, que cuando hay ramas rebeldes que pase una generación, ni quita dos o tres, para que sus derechos no reboten, y no están tan lejos los acontecimientos de San Carlos de la Rápita. Las ramas vencidas solo con el transcurso de mucho tiempo o por medio de alianzas que hacen las generaciones que siguen, es cuando consideran extinguida por completo toda su esperanza. Yo creo que debemos ir con mucho cuidado, y no precipitar ese espíritu de retroceso que parece se ha apoderado de nuestro Gobierno, no sea que vayamos a un punto en donde el representante del absolutismo nos diga: el que representa esas ideas soy yo. Y que la Europa lo ha entendido así, lo demuestra que los países constitucionales se pusieron de parte de nuestra Reina durante la guerra civil, y D. Carlos tenía las simpatías de las Potencias absolutistas. Véase, pues, cómo la senda en que hemos entrado nos conduce a un gran peligro.

Otra causa encuentro yo más positiva del estado de agitación de mi país, y es el que aquí nunca se cierra el período constituyente; pues vence la revolución, hace lo que en el año 37 y 54. Es vencida esta y se consolida el poder; pues todo Gobierno que se considera un poco fuerte abriga al instante ideas de reforma en la Constitución. La Unión liberal ha hecho su ensayo: el Sr. Bravo Murillo intentó el suyo; el ministerio Narvaiz, en 1857 nos presentó una reforma que no fué observada más que a medias, concluyendo el año 65; y un país en que esto se hace no es posible que tenga paz y asiento.

Hay otra causa fundamental de la agitación y perturbación del país, y es el espíritu político de nuestro ejército. Este, por medio de una insurrección en la Granja quitó el Estatuto Real. Durante el régimen de la Constitución del 57 un general victorioso escribió el manifiesto de Mas de las Matas, y trazó al Gobierno la conducta que debía seguir. Este general se hizo regente, y un partido político aplaudió ese abuso de la fuerza militar que dejó subyugados a los otros partidos políticos, que a su vez tuvieron que echarse en brazos de otros generales; y cayó el regente, y el señor duque de Valencia fué el representante natural de la situación vencedora.

Mas tarde otro general ilustre dió una gran batalla: la ganó, y a la aureola del triunfo añadió la del poder. Y ahí tiene el Senado a la unión liberal con su jefe a la cabeza. De manera que los tres jefes de los partidos militantes en España son tres generales ilustres que por las fuerzas de las cosas han venido a librar grandes batallas en favor de ciertas ideas, y a ser luego los dueños de las situaciones políticas. Y estos ejemplos tienen desgraciadamente imitadores, pues la tentativa de San Carlos de la Rápita tiene por objeto crear una situación radical, poniéndose al frente un general que se refiere a lo que es permanente, no en aquello que se suelen variar todos los partidos, respecto a lo que el Gobierno se reserva su libertad de acción. Yo no sé a qué se referirá S. S.; los principios del partido moderado están consignados en la Constitución de 1845 y sus leyes orgánicas; el partido moderado, al que yo siempre he pertenecido, y cuyos principios conozco perfectamente, jamás ha negado su respeto a ningún artículo constitucional; nunca ha reconocido en las Constituciones esa parte mutable cuya observancia esté a merced de la voluntad de los Gabinetes. Señores, cuando medito sobre la política de este Gobierno, veo que, excepto una, ha destruido todas las libertades, la parlamentaria, la electoral, la municipal, la de los derechos individuales, todas han caído: una sola legitimidad queda, pero yo ruego al Senado y al Gobierno que consideren si quedará bien asegurada rodeándola de los despojos de todas las demás legitimidades.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: No esperaba yo seguramente que el Sr. Vaamonde dirigiese un ataque tan rudo y tan fuerte de propósito como el que S. S. acaba de dirigir al ejército y a los dignos generales que lo mandan, cuando S. S. sabe que se están haciendo todos los esfuerzos imaginables para elevar la disciplina del ejército al excelente estado en que se ha encontrado casi siempre; cuando sabe también que hoy no tiene otro sostén que el ejército el Trono de la Reina: S. S. sabe igualmente que si en virtud de su dignidad senatorial se encuentra aquí discutiendo, a nadie más le debe que al patriotismo del ejército; cuando, por último, le consta que las conspiraciones que estallaron, y de que S. S. mismo se ha quejado, han sido preparadas por la clase civil a que S. S. pertenece, excitando algunas veces de tomar parte en esas sublevaciones que S. S. ha criticado tanto, debía sin duda ser más prudente no venir a lanzar desde este recinto tan injustos cargos a la clase militar, cabalmente en circunstancias críticas como estas. Si, Sr. Vaamonde; si no lo he dicho hasta ahora, sepa S. S. y sepan los señores senadores que se están haciendo esfuerzos inauditos para sostener el orden que quieren perturbar los enemigos de tantas veces, enemigos, señores, de los que ninguno es militar. Los militares no están metidos en las sublevaciones que se pretenden preparar; esas las preparan solo los hombres de la clase civil a que pertenece el Sr. Vaamonde.

Recorriendo ligeramente los caracteres principales de la política del Gabinete.

El primero es un desdén profundo a la Constitución del Estado, pues se ve el olvido de una de sus bases fundamentales, cual es la que dispone que las Cortes se reúnan todos los años, no siendo esta más que el eco de todas las Constituciones contemporáneas. En la del 37 se decía que las Cortes habían de reunirse todos los años, y a falta de convocatoria podían reunirse por derecho propio el 1.º de diciembre en la capital de la monarquía; y nosotros, llevados de un justo respeto monárquico, suprimimos esa segunda parte; pero el principio quedó en la Constitución, y es exactamente igual al establecido en la carta de Luis XVIII. en la Constitución belga, en la del Brasil y en la de Portugal. De modo que no ha podido aplazarse como se ha hecho la convocatoria de las Cortes.

Se ha hablado del año económico; pero la ley de presupuestos no encierra todo lo que tienen que hacer las Cortes del reino, que tienen la facultad de legislar y vigilar para saber de qué manera desempeña el Gobierno las facultades del poder ejecutivo, y esa es la influencia de la legislatura, que sin duda pesa mucho al Gobierno cuando ve en

otra parte un grave y peligroso ensayo para restringir las facultades de las Cortes; y siento que por esa puerta falsa entre la cuestión constituyente, pues como dije el año pasado, la Constitución es la ley orgánica y el reglamento es la ley del procedimiento; y si queremos reformar los reglamentos reducir las facultades que tienen las Cortes, vais a hacer un funesto presente a la nación española, pues las discusiones parlamentarias no son las que la han hecho pasar por las alternativas que hemos visto.

Habrán molestado a los señores ministros; pero en todos los países parlamentarios sucede lo mismo, y de ello nos presenta un ejemplo la Inglaterra, en donde sólo tres días de la semana se ocupa la Cámara de los Comunes de los negocios de iniciativa del Gobierno, pues los demás son para la del diputado, para preguntar, intercalar, para saber todo lo que pasa en el mundo. Y aquel país es bien grande y poderoso.

Ahora bien: si el art. 26 de la Constitución es preceptivo, ¿por qué fueron tan cruelmente castigados los que pedían su observancia? No quiero hablar de la forma, de los pormenores de las deportaciones; pero yo las considero un verdadero atentado. Y los señores ministros, cuando haya pasado algún tiempo después que dejen el poder, han de ser los primeros que se han de arrepentir de haber llevado tan lejos el uso de la fuerza.

Y en esta situación, con la ley excepcional en todo su vigor, ¿qué resultado han de dar unas elecciones? Los partidos que no sean amigos nuestros quedan en el campo, quedando el campo electoral exclusivamente a merced del Gobierno y sus amigos, trayendo una casi unanimidad; pero dice el Sr. González Brabo que después de los grandes cataclismos políticos las Cortes son veneficinas. Ciertamente, pero veamos cómo es esto. Se refiere a una revolución, y las Cortes son de un color, y esto sucede porque la revolución es de suyo opresiva, y los partidos que habían de luchar ceden el campo. Lo mismo puede decirse de las elecciones últimas. El Gobierno desplega todo su poder; a los que pudieran ser candidatos los aleja, los destierra, los maltrata, y naturalmente sus amigos se retiran y queda el campo a merced del Gobierno.

Nunca ha habido un lujo de autoridad como el que se ha desplegado en esta ocasión, pues ha habido provincias donde los gobernadores civiles acudían al local y recordaban a los electores que había Filipinas y Fernando Pío. No diré que esto haya pasado en toda España.

Otro rasgo característico de la política de este ministerio es el dar un golpe de Estado sin nombre de tal. Nos ha dado una porción de leyes de primera importancia para venir a las Cortes a reclamar una absolución.

Esto es un golpe de Estado en todas partes, solo que los golpes de Estado se dan con más resolución. Yo pregunto al Gobierno de dónde ha tomado el modelo para su conducta. Hasta ahora se habían dado leyes por autorización; pero nunca un Gobierno ha dado leyes importantes para acudir en seguida a las Cortes en demanda de una absolución o canonización de lo que ha hecho. Ley de orden público. No voy a analizarla, señores; pero diré al Gobierno con entera convicción que entre esa ley y el reglamento de policía del año 24, dado por D. Tadeo Calomarde, opto por el de D. Tadeo Calomarde, pues este disponía que la autoridad podía arrestar por sospecha; pero luego habían de formarse diligencias, y a los ocho días la persona sospechosa había de ser entregada a la justicia ordinaria. Y después de todo ni esta ley ni las demás eran necesarias, y no comprendo la razón que justifica la gravísima alteración hecha por el Gobierno en la ley de las municipalidades, en la ley de Gobierno de provincia, que hace poco había sido discutida con toda detención en las Cortes. ¿Por qué imitamos, señores, el ejemplo de otros países que verdaderamente es el maestro en esta clase de instituciones?

Allí, mientras las leyes están puestas a discusión, la lucha es dura, prolongada y ardiente; pero así que obtienen la aprobación de las Cámaras los mismos que las han combatido, son sus más decididos sostenedores contra cualquier innovación. Esta es la conducta digna de aplauso, y no esa instabilidad en la legislación mas importante del país, que autoriza a otro partido cuando sube al poder para echar abajo también todas las disposiciones legales propuestas y establecidas por sus antecesores. Señores, mientras ante una resolución ministerial vengan a tierra las leyes más importantes del país, este no entrará jamás en asiento.

Pero decía el señor ministro de la Gobernación en nombre del Gobierno: «Nosotros seguimos los principios de la escuela moderada; pero solo en lo que se refiere a lo que es permanente, no en aquello que se suelen variar todos los partidos, respecto a lo que el Gobierno se reserva su libertad de acción.» Yo no sé a qué se referirá S. S.; los principios del partido moderado están consignados en la Constitución de 1845 y sus leyes orgánicas; el partido moderado, al que yo siempre he pertenecido, y cuyos principios conozco perfectamente, jamás ha negado su respeto a ningún artículo constitucional; nunca ha reconocido en las Constituciones esa parte mutable cuya observancia esté a merced de la voluntad de los Gabinetes. Señores, cuando medito sobre la política de este Gobierno, veo que, excepto una, ha destruido todas las libertades, la parlamentaria, la electoral, la municipal, la de los derechos individuales, todas han caído: una sola legitimidad queda, pero yo ruego al Senado y al Gobierno que consideren si quedará bien asegurada rodeándola de los despojos de todas las demás legitimidades.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: No esperaba yo seguramente que el Sr. Vaamonde dirigiese un ataque tan rudo y tan fuerte de propósito como el que S. S. acaba de dirigir al ejército y a los dignos generales que lo mandan, cuando S. S. sabe que se están haciendo todos los esfuerzos imaginables para elevar la disciplina del ejército al excelente estado en que se ha encontrado casi siempre; cuando sabe también que hoy no tiene otro sostén que el ejército el Trono de la Reina: S. S. sabe igualmente que si en virtud de su dignidad senatorial se encuentra aquí discutiendo, a nadie más le debe que al patriotismo del ejército; cuando, por último, le consta que las conspiraciones que estallaron, y de que S. S. mismo se ha quejado, han sido preparadas por la clase civil a que S. S. pertenece, excitando algunas veces de tomar parte en esas sublevaciones que S. S. ha criticado tanto, debía sin duda ser más prudente no venir a lanzar desde este recinto tan injustos cargos a la clase militar, cabalmente en circunstancias críticas como estas. Si, Sr. Vaamonde; si no lo he dicho hasta ahora, sepa S. S. y sepan los señores senadores que se están haciendo esfuerzos inauditos para sostener el orden que quieren perturbar los enemigos de tantas veces, enemigos, señores, de los que ninguno es militar. Los militares no están metidos en las sublevaciones que se pretenden preparar; esas las preparan solo los hombres de la clase civil a que pertenece el Sr. Vaamonde.

Pero ya se ve, en esas sublevaciones, cuando se dice en las Cámaras: Dios salve al país, Dios salve a la Reina (y no fueron militares los que esto dijeron); cuando por todas partes se sublevaron, y los militares tienen que tomar parte, la toman con las armas en la mano; mientras que los otros, como que se esconden cobardemente y no arrostran el peligro, sucedo naturalmente que después no podamos señalarlos, porque el que se señala no es el cobarde que se esconde, sino el que se ha puesto en evidencia.

S. S. critica que se haya dado una amnistía a los soldados y cabos que tomaron parte en las últimas sublevaciones, y lo comenta diciendo: «Eso será prueba de que no hay peligro ninguno.» ¿Buena manera de argumentar por cierto de quien co-

mo S. S. se ha dedicado a los estudios del foro! Buena lógica la de S. S.! Esa medida puede haberse tomado, a pesar de haber peligro, para que nuestros enemigos tengan esos elementos menos de que servir: puede haberse tomado también sin peligro alguno, porque algún día habían de volver a su patria esos desgraciados; y, señores, aunque no fuera más que una medida de piedad y conmiseración de parte de la Reina, debieran encontrarse todos buena y bien adoptada.

Los señores de la clase civil, queriendo que haya partidos, buscan siempre a los militares, los halagan, los llaman hombres necesarios, los ponen a la cabeza, y ocultos a su sombra hacen una rápida carrera llegando desde estudiantes a los Tribunales Supremos y maldiciendo después a esos militares a quienes llaman necesarios y adulador bajamente.

Esta es la verdad, señores: nosotros hemos tenido la prudencia, hemos tenido la generosidad de dejarnos conducir por los hombres que nos han aconsejado muchas veces con aparente objeto, y que luego hacen esos cargos cuando ya alcanzaron su codiciado provecho.

¿Quiénes sino los bravos generales y soldados del ejército son los que han sostenido el Trono de la Reina y las instituciones? ¿Y cómo se imputa a esos generales y a esos soldados la situación desgraciada que tenemos? Esa situación se debe únicamente a los hombres de la clase civil; estos son los que empujaron la situación; estos los que hacen que tengan lugar cuantos tristes sucesos hemos lamentado. Pero ya que el Sr. Vaamonde ataca tanto a la clase militar, entremos en comparaciones.

Ha habido, señores, en España desde el principio de la Monarquía una clase llamada de caballeros, que por la nobleza de sus sentimientos, que por la hidalguía de sus acciones ha sido alabada, respetada siempre y muy considerada de todas las naciones de Europa. Estos caballeros en sus luchas, en sus desafíos mismos presentaban las armas al adversario para que eligieran en el terreno del combate las que pudieran serles más ventajosas; se alababan cortésmente antes de cruzar las armas; se decían las palabras más benéficas y honrosas, como quien esperaba vencer y había vencido a un adversario modelo de hidalguía y de caballerosidad.

Pues bien, señores: aquí, en el Senado, hemos observado en estos días todo lo contrario. Un magistrado se levanta, y en su deseo de combatir a un Gobierno que, bien o mal, está haciendo lo que su leal saber y entender le ha sugerido, y viene a pedir a las Cortes un bill de indemnidad, antes de oír la acusación, antes de que el Gobierno se defienda, antes que la Cámara haya dado su voto, presenta una proposición en que acusa de inmorales a los ministros de S. M.

Después otro magistrado se queja duramente de que no se tiene consideración a la toga; denuncia el hecho de que se ha fallado a las inmunidades que se merece; y al paso que recomienda el debido respeto a los que siguen tan honrosa carrera, no vacila en incurrir en lo mismo que condena, faltando de una manera que no quiero calificar a su dignísimo jefe, al jefe de la magistratura española, al señor ministro de Gracia y Justicia. (El Sr. González Nandín: Pido la palabra.) En seguida otro señor magistrado sostiene que está muy mal hecho que el Sr. Carrasquillo haya sido separado del Tribunal Supremo, y añade: «Ciertamente hubo un día en que yo voté que fuera separado por esa misma causa, pero eso es otra cosa.»

Finalmente, otro señor magistrado nos dice: «Es muy mal hecho que se haya separado del Tribunal Supremo a esos dignísimos togados que visten hábito lar y gollia blanca; pero está perfectamente hecha la separación del Tribunal de otros dos magistrados que visten el uniforme militar.»

Pues bien, señores: como quiera que fué el señor Vaamonde quien hizo esta separación de los dos magistrados que visten el uniforme militar, no es extraño que S. S. viniera a tratar con tal imprudencia cuestiones que pueden causar mucho daño, y que no hacen ciertamente honor ninguna a S. S.

El Sr. GONZÁLEZ NANDÍN: El Senado no habrá olvidado (porque hace muy poco tiempo tuve el honor de dirigirme la palabra en la sesión a que ha aludido el señor presidente del Consejo de ministros) que no me expliqué de la manera que su señoría ha indicado hoy, ni me levante para quejarme de un acto que la España toda ha calificado.

Yo dije entonces, y lo dije incidentalmente, que la inamovilidad no era un privilegio de los magistrados, sino una garantía de la sociedad, y callé sobre ello. Me levanté, no para vindicar a la toga, no para pedir, ni intentar siquiera, que el Senado tuviese en consideración, si estimaba conveniente, la separación de que habíamos sido víctimas, porque yo de eso no me ocupé, ni creo debamos ocuparnos los magistrados, siendo como es una cuestión personal muy baja respecto de la gran altura a que se hallaba el principio hollado por el Gobierno.

Lo único que hice fué vindicarme y vindicar a mis compañeros de una ofensa personal dirigida por el señor ministro de Gracia y Justicia en la otra Cámara: allí está ofensa que, sin respuesta, pero la respuesta debía darse, pues no podíamos quedar los magistrados bajo el peso de acusaciones tan indignas como las que hizo de nosotros el señor ministro de Gracia y Justicia.

Se permitió decir S. S. (no lo dije entonces, pero lo digo ahora) que en son de asonada habíamos votado los magistrados del Tribunal. También se permitió S. S. decir que nosotros nos dábamos aires de Monarcas destronados. Esas palabras, señores, impresas están en el Diario de Sesión; sonaron entonces allí; las ha leído todo el pueblo español; no podían quedar sin contestación, y el otro día las contesté como cumplía a mi deber y a mi decoro.

Esto, mal interpretado, mal oído por el señor presidente del Consejo de ministros, ha dado lugar a una alusión que me ofende en mi dignidad como magistrado y en mi dignidad como senador. Por eso me he levantado a contestar.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: No podía yo menos que decir a S. S. las palabras que yo he pronunciado, porque tenían mucha menos importancia que las que un compañero suyo en la toga ha dicho contra el ejército y los generales. También lo dijo el senador que acaba de hablar dijo el otro día al señor ministro de Gracia y Justicia fué una ofensa mucho mayor, puesto que afirmó que había sentado plaza de presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

El Sr. GONZÁLEZ NANDÍN: No hice más que manifestar un hecho. Por lo demás, no soy de peor condición que el señor ministro de Gracia y Justicia, porque soy tan Senador como él, y tan digno como él.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pues, señor Senador, si V. S. es digno, muy digno es también el señor ministro de Gracia y Justicia. (El Sr. González Nandín: No lo niego.) S. S. en el tono que empleó, en la manera de decir, de despoliar a las manifestaciones que se habían hecho aquí, al expresar que el señor ministro había sentado plaza de presidente del Tribunal Supremo le infirió una ofensa, por más que S. S. crea lo contrario, a lo cual el señor ministro debió contestar (y creo que hizo muy mal en no hacerlo) que S. S. había improvisado mucho más su carrera.

El Sr. GONZÁLEZ NANDÍN: Está muy equivocado el señor presidente del Consejo de ministros.

El señor VICEPRESIDENTE (Tejada): Queda terminado este incidente. El Sr. Vaamonde tiene la palabra; y ruego a S. S. que conozca la necesidad que hay en este momento de producirse con la templanza que merece toda discusión en este alto Cuerpo.

El Sr. RODRÍGUEZ VAAMONDE: Así lo he he-

cho siempre, señor presidente, pues nunca he tenido que ser llamado al orden: sin embargo, no puedo menos de rectificar algunos hechos.

Ha dicho el señor duque de Valencia que la clase civil es la que intenta siempre corromper a los militares: no lo niego; pero digo que yo no pertenecí, ni pertenezco, ni pienso pertenecer a la clase de los conspiradores.

Ha indicado el señor duque de Valencia que yo he pertenecido al Tribunal Supremo. Se equivoca S. S.; no he pertenecido a ningún tribunal Supremo. Y en cuanto a lo de los generales, siento que el señor duque de Valencia haya creído que yo he abrigado el menor espíritu hostil contra la clase militar. Yo hacia historia. (El señor presidente del Consejo de ministros: Perro mal.) Será mala historia; no pretendo ser un Salustio, pero lo cierto es que ni la menor alusión ofensiva dirigí a ningún general; y tanto es así, que al hablar del señor duque de Valencia dije que S. S. había sido un antídoto y que se le había buscado para contrastar un poder hijo de una poderosa insurrección militar.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Sin dudar yo de la veracidad del señor Vaamonde, que declara no haber pertenecido a ninguna reunión de conspiradores, debo decir que si S. S. hubiese sido militar y yo hubiera pertenecido a la clase civil, tomado parte en alguna conspiración y venido después al Senado, también habría podido decir que nunca había conspirado.

No quiere esto decir que S. S. lo haya hecho, porque creo en su veracidad; pero esto demuestra que los militares se encuentran en una posición difícil, pues que se les busca para que den la cara, la dan obligados a ello por las circunstancias que muchas veces son más fuertes que la voluntad de los hombres, y luego se les atribuyen todas las perturbaciones del país, cuando real y verdaderamente quien tiene la culpa de ellas es la clase civil.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: Pido la palabra.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Tejada): La tiene V. S.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: He pedido la palabra para que las cosas queden en su lugar. Ni en el Congreso, ni en el Senado, ni en la plaza pública pronuncio yo palabras indignas. No son de mi cosecha.

Niego resultamente que yo haya pronunciado en la otra Cámara la palabra asonada: no niego que se haya leído, pero no he dirigido esa expresión. Podrá haberse tomado del Extracto de las sesiones del Congreso que publica la Gaceta; pero lo que yo dije fué que «unidos cinco como por resolución acordada.» Sin duda en vez de acordada se puso asonada.

Y qué extraño es que aparezca esa errata, cuando al imprimir lo que yo dije sobre que había tres principios en la Constitución que frisan entre sí, se lee en la Gaceta que se pisaban entre sí? ¿He de responder también de eso? De lo que yo respondo es de no haber pronunciado palabras indignas ni aquí ni fuera de aquí, ni enojado ni pacífico.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Señores, creo que nadie habrá notado en el discurso del Sr. Vaamonde, a pesar de su apariencia templada, la falta de energía de que S. S. ha hablado; pero la si cuando S. S. está endeble y acometido por la dolencia ataca de la plenitud de sus facultades, cuando se halle en la plenitud de su buena voluntad y su robustez. Pues yo, que no suelo quejarme, hoy me encuentro flaco de salud, y siento no tener los medios que otras veces para contestar a S. S., y al mismo tiempo al señor duque de la Torre, cuyo discurso, dejando aparte las singularidades militares de S. S., es casi igual al del señor Vaamonde, como son iguales entre sí todos los que se han pronunciado contra el Gobierno.

En efecto, los cargos han sido los mismos, reducidos a que el Gobierno ha fallado a la Constitución y a las leyes; que lo conculca y lo amenaza todo, y que por tanto es digno de censura. Tal es la acusación planteada; y refutando al Gobierno que se defiende diciendo que el país está en una situación excepcional, y que por lo mismo cree haber estado autorizado por las circunstancias para haberlo hecho, y para pedir su absolución y la consolidación de su obra, contestan los señores que nos combaten negando todo esto. De manera que la cuestión podría quedar limitada a saber si es o no verdad que estamos en una situación extraordinaria.

El señor duque de la Torre, hablando con el calor que le es propio de cosas militares, y respondiendo a algunas indicaciones mías, ha referido la historia de los sucesos de 22 de Junio; pero todo lo que S. S. ha dicho en apoyo de su opinión, está desmentido por las mismas palabras de S. S. al referirnos que lo primero que le dijo el señor duque de Tetuan fué que estaba preocupado por el Palacio. Pues si el Palacio estaba seguro, ¿por qué se preocupaba el señor duque? Señores, porque allí flagelaba la defensa. Y no digo más acerca de esto. Respecto al elogio del señor duque de Tetuan, diré a S. S. que sentiré que se crea que al tratar yo de la campaña de África de la manera que lo hice, he puesto en duda las altas cualidades del que la dirigió como general en jefe y de cuantos en ella tomaron parte, pues el señor duque de la Torre debe saber que no hay quien haga más justicia que yo a sus adversarios, cuyos actos censuro, dejando siempre en el lugar que les corresponde sus grandes cualidades.

No tan benévolo puedo contestar a S. S. acerca de la extrañeza que ha manifestado por haber visto salir de este banco un ataque contra determinado partido. En primer lugar la primera acometida ha venido de otra parte; ha salido de los bancos de la oposición, diciéndome que todo lo que hemos hecho es muy malo, y lo que hizo la unión liberal muy bueno.

Nosotros, pues, que no hemos creado las dificultades que nos han salido al encuentro en nuestro camino, tenemos doble derecho para rechazar una crítica con otra crítica. Y aunque hubiéramos empezado atacando a S. S., tampoco habríamos hecho otra cosa que seguir el ejemplo de la unión liberal en todas sus épocas, y principalmente en 1858, cuando se entronizó en el poder y empezó negando a los demás partidos su derecho a la gobernación del Estado, juzgándolos disueltos por sus culpas y errores. Y no es que me maraville esa conducta que estaba en la constitución real de ese partido formado por una agregación de los desprendimientos de los otros, sino que la recuerdo para que se vea que hemos estado completamente dentro de la conveniencia y la justicia al contestar a los ataques que se nos han dirigido.

Cumpleme también recoger una especie del discurso del señor duque de la Torre, que se le escuchó a S. S. en el calor característico de su improvisación. Analizando S. S. la tesis sentada por mí acerca de la Constitución propia del país en que vivimos, decía S. S.: «Dejemos eso; aquí hay carlistas, absolutistas, moderados, progresistas, union liberal, etc.; y concluya: «El pueblo español ha combatido 54 años, y aquí no hay más que la libertad de los hijos de D. Carlos.» Creo, señores, que conviene al interés de todos decir lo que hay de cierto en este punto. A la muerte del último Monarca había una situación que yo no quiero analizar ahora, y se planteó un problema respecto a la legitimidad de la sucesión al Trono. ¿Creeis que todos los que se pusieron al lado de la Reina eran resueltos partidarios del sistema constitucional, y que todos los que fueron a las filas contrarias eran ciegos defensores de un despotismo feroz?

Yo recuerdo cuando a un ilustre hombre de Estado que ha dejado de existir se le hacían grandes alusiones, pues por un lado no quería que hubiera vencedores ni vencidos, y por otro quería relacionar los intereses de clase e históricos con los

intereses nuevos; yo he visto absolutistas agruparse alrededor del Trono de la Reina; yo bien sé que el tinte liberal domina; pero sé también que en el ejército constitucional había muchos soldados que defendieron a su Reina por el derecho que tenía a suceder a su padre. Y esto ha sido de tal fuerza, que cuando en las Cortes Constituyentes se produjo un conflicto porque se quería descartar el principio de la legitimidad, aquella Asamblea no pudo menos de conocer que la cuestión de derecho había entrado por mucho para que Dona Isabel II se sentara en el Trono.

Que la causa de la libertad se relaciona con sentimientos y doctrinas, y que se fundieron en un gran partido propicio a la legitimidad de la Reina tendencias monárquicas y liberales, no lo niego, así como tampoco que en último resumen el principio liberal tomara cierta ventaja; pero no desconozco lo que hay de complejo en esos hechos. La lucha era entre dos legitimidades, una que se apoyaba en su derecho y se ayudaba con el espíritu político moderno, y la otra que se fundaba en una mala inteligencia de nuestras leyes, sosteniéndose por los hombres que querían mantener el statu quo; si bien no faltaban entre ellos personas que creían que debían hacerse concesiones al espíritu de la época.

Después de estas rectificaciones, vamos a lo sustancial del debate. Contestando al Sr. Corradi, que enumeraba las culpas de todos los partidos, yo, generalizando lo que S. S. aseguraba, decía: «Será culpa de los partidos lo que aquí sucede, ó habrá algo aquí que tenga en discordia la estructura íntima de esta sociedad con el sistema que se ha seguido para constituir política. ¿Qué dislate proponía yo entonces? ¿Y qué pretendían los señores duques de la Torre y Vaamonde? ¿Que 40, 400 ó 200 hombres, los más sabios, hagan de un golpe dos a priori, escribiendo una ley que desde luego esté en intimidad completa con el cuerpo social a que se quiere aplicar? Pues eso es casi imposible. Pero dice el Sr. Vaamonde que dónde está esa Constitución real de un país.

Señores, en su historia, en sus entrañas; ved cómo se ha hecho la Constitución inglesa: ¿por un cuerpo de pensadores? No: se ha hecho a través de los siglos, a través de las correcciones y reformas, no escribiendo a priori en un papel la fórmula a que precisamente había de amoldarse aquel pueblo. Y no cite el Sr. Vaamonde las Constituciones de Noruega y Bélgica, pues la de Noruega se fundó en grandes sucesos y en instituciones municipales y hasta parlamentarias; y respecto a Bélgica, sabido es que allí ha sido una cuestión religiosa, y que el pueblo belga venía acostumbrado desde largos años a amplias libertades y a gobernarse por sí mismo.

¿Por qué no cita S. S. la Francia, donde se han sucedido tantas Constituciones y tantas cartas? Porque esta teoría de constituir a priori es esencialmente francesa, y ha dado origen a un gran filósofo y político para escribir un libro titulado *Nos meoates et nos esperanzas*, nuestros chascos y nuestras esperanzas. Por consiguiente, yo no he sentido ningún disparate, como tampoco he manifestado pensamiento alguno de violar la Constitución del Estado.

Pero viniendo ahora a la recapitulación de agravios que S. S. suponen que hemos hecho a la Constitución y a las leyes, me permitirán que les recuerde una cosa, toda vez que su argumento se funda en decir que vuelvan las cosas al estado en que se hallaban antes de los sucesos de Enero y Junio. Pues bien, con aquella legalidad, ¿no vieron esos acontecimientos? ¿Queréis que volvamos a presenciarlos? Esta es la cuestión, y no creo que vosotros supongan un Gobierno de tal maldad que provoque que realmente está haciendo el bien del país; eso es lo que nosotros creemos, estamos convencidos de que durante algún tiempo es necesario concentrar el poder, nada más que esto; echarnos en los brazos de los principios contrarios a la legitimidad de la Reina y al espíritu de la época, eso nunca lo hemos pensado.

Maquiavelo, señores, una cosa muy natural. En España la revolución no puede traer más que una confusión tan grande que la integridad de la patria pereciera ó estuviera muy cerca de perecer; defendámonos de ese peligro es defender la integridad nacional; tengamos, señores, primero patria; y luego, si hay patria y ella la quiere, tendrá la libertad. Y por otra parte, ¿es tan grande esa desmembración de la libertad? ¿Pues acaso no hemos venido a los Cuerpos Colegiados para que nos juzgaran? ¿Hemos dejado de presentar los presupuestos en tiempo hábil? Vosotros, los que nos presuntáis dónde hemos buscado el modelo de nuestros actos, os olvidáis, señores, de la unión liberal, de que sin que nada lo justificase alterásteis las listas electorales violentamente, y antes habíais dado una Constitución adicional que hubiérais dado al Parlamento para que la aprobase. Pues de vosotros hemos tomado el modelo, con la diferencia de que nosotros hemos acudido a los medios que conoce el Senado para salvar las principales instituciones del país, para salvar la sociedad para salvar la integridad y la independencia de la patria. Señores, pues lo que nosotros os pedimos, señores Senadores, es que pongáis al país en condiciones de desarrollar su vida armónicamente con su pasado y su ser actual; no os pedimos que se haga mañana y violentamente, sino que os presentamos estas consideraciones para que las estudien los hombres políticos y sirvan de regla de conducta a los partidos.

Y dicho todo esto desaparece la fuerza de los ataques que se nos han dirigido, y solo quedan puntos secundarios de que no debo hacermelo cargo detenidamente. ¿Hablaré de cómo se han hecho las elecciones? Pues acerca de esto diré lo que dije ya en otra ocasión, a saber: que a las vueltas de todo gran sacudimiento hay en el país una explosión unánime en un sentido ó en otro. ¿Diré que eso sucede porque la revolución oprime ó porque la opaca oprime? Señores, volved la vista a la glorieta, escribid para aquel pueblo una Constitución con buril de diamante en tablas de bronce; tratad de imponérsela, y vereis cómo la repele aquella sociedad ó muere en medio de su indiferencia, si no se encuentra en armonía con sus necesidades y su modo de ser íntimo.

Pues bien: nosotros tenemos puntos esenciales de nuestro ser constitutivo que no repugnan con ciertos adelantos de la época; y armonizar estos sentimientos sin violencia, con la mayor sobriedad posible, ha sido constantemente la política de todos los partidos conservadores del mundo. Discutamos, pues; pero esperad a que haya un poco más de calma y menos amenazas; y entonces, si nuestra obra merece enmienda, enmiédsela; si sirvió para un plazo corto, destrúyase; y si algo debe conservarse, consérvese.

No me siento con fuerzas para volver a entrar en ciertos detalles que ya han sido contestados, y concluyo confiando en que el Senado estará convencido de los graves motivos que han guiado la conducta del Gobierno; que no es tan fiero el león como le han pintado los señores duques de la Torre y Vaamonde, y que esos mismos señores, trauquios acerca de la rectitud y sinceridad de nuestras intenciones, nos han de estar también agradecidos, cuando estos momentos pasen, por la energía y firmeza que el Gobierno ha manifestado para llevar adelante la obra que juzga conveniente al bien del país.

El Sr. VICEPRESIDENTE (Tejada): Siendo pasadas las horas de reglamento, se suspende esta discusión, la cual continuará pasado mañana.

Se levanta la sesión.

Eran las cinco y media.

Nota. Al final del discurso del Sr. Seijas Lozano, inserto en el Extracto oficial de la sesión de ayer, donde dice: *Endimion, léase Parmenion.*



PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Isidro Labrador, Patron de Madrid.

SANTOS DE MAÑANA. San Juan Nepomuceno, mártir, y San Ubaldo, Obispo.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia del primer monasterio de señoras Salesas Reales, donde por la comunidad de religiosas de San Pascual habrá Misa cantada, y por la tarde vísperas de su Titular y reserva.

En la parroquia de Santiago se celebrará la función a San Juan Nepomuceno, terminándose por la tarde el quinario. A las diez será la Misa solemne con descubiertos y peneiro que dirá D. Rafael Arbre y Marqués. Por la tarde a las seis y media después de manifestar a su D. M. se rezará la estación y el Rosario; seguirá el sermón que dirá don Antonio Sanchez Barros, terminando con la reserva y la adoración de la reliquia del Santo.

Continúa celebrándose la solemne novena de Nuestra Señora del Amparo y Buena Muerte en la parroquia de San Luis, y predicará en los ejercicios de la tarde el Padre Joaquín Montalben. Después de reservar, se impondrá el escapulario a los nuevos congregados con el rito de la orden de Nuestra Señora de la Merced.

Continúa la devoción de las Flores de Mayo en las Carboneras, San Isidro, Santo Tomás, Monserrat y oratorio del Espíritu Santo.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA.—Nuestra Señora del Carmen en su iglesia ó en San José.

Se reza de San Juan Nepomuceno, con rito doble y color encarnado, haciéndose conmemoración de la octava de San Isidro.

LOTERIA NACIONAL.

LISTA DE LOS NÚMEROS PREMIADOS EN EL SORTEO CELEBRADO EL DÍA 14 DE MAYO DE 1867.

Con 60,000 escudos.....	25786
Con 20,000.....	8702
Con 8,000.....	21072
Con 4,000.....	8856
Con 2000 escudos.	
49682 15354 7855 15705 6046 17187	
Con 1000 escudos.	
16371 8547 17250 17435 6756 18598	
9354 19389 1842 19149	
Con 200 escudos.	
27 44 55 82	
127 192 215 252 265 299	
340 447 452 515 630 670	
684 695 747 751 780 872	
899 918 925 926 956 962	
1054 1135 1148 1151 1155 1176	
1182 1225 1235 1302 1468 1525	
1552 1612 1627 1686 1688 1741	
1745 1779 1810 1951 1957 1966	

2050	2056	2155	2195	2259	2285	16595	16605	16612	16614	16622	16705	6591	6604	6760	6772	6791	6802	20202	20244	20248	20536	20505	20514
2550	2544	2562	2564	2577	2588	16775	16806	16852	16847	16880	16998	6825	6850	6870	6872	6879	6925	20541	20550	20565	20450	20451	20474
2409	2428	2462	2481	2526	2541	17071	17073	17148	17172	17176	17300	7018	7026	7056	7101	7118	7306	20550	20545	20550	20551	20576	20580
2551	2578	2601	2609	2628	2639	17205	17208	17258	17266	17361	17584	7249	7258	7384	7398	7425	7512	20600	20614	20620	20650	20654	20691
2641	2646	2665	2685	2851	2857	17396	17427	17465	17511	17551	17585	7249	7358	7584	7598	7625	7740	20692	20727	20754	20742	20746	20797
2864	2915	2945	2986			17641	17643	17651	17679	17685	17707	7523	7584	7570	7596	7597	7600	20814	20819	20832	20854	20880	20900
						17845	17749	17792	17815	17862	17880	7607	7611	7662	7668	7688	7740	20955	20992	20996			
5002	5047	5059	5067	5095	5158	17745	17749	17802				7754	7762	7802	7855	7910	7974	21040	21110	21150	21152	21155	21169
5194	5196	5228	5252	5249	5264	17886	17906	17907				7981						21175	21187	21197	21218	21245	21287
5312	5325	5388	5405	5494	5617	18125	18136	18146	18165	18171	18200	8010	8058	8060	8063	8069	8077	21532	21555	21491	21509	21512	21518
5717	5775	5809	5826	5845	5891	18255	18242	18285	18455	18550	18571	8090	8158	8140	8145	8204	8219	21593	21594	21595	21596	21606	21614
5914	5925					18802	18859	18675	18709	18741	18847	8254	8376	8577	8597	8446	8565	21658	21690	21717	21775	21780	21802
4052	4156	4275	4515	4554	4582	18840	18841	18858	18908	18959	18971	8650	8644	8699	8719	8855	8844	21855	21861	21897	21902	21944	
4590	4468	4565	4565	4574	4625	19010	19054	19055	19078	19178	19247	8871	8911	8938	8946	8975	8969	29200	29202	29244	29265	29268	29285
4659	4643	4674	4676	4725	4782	19314	19351	19354	19556	19579	19594	8975	8996					29107	29150	29153	29240	29245	29280
4817	4926	4856	4847	4866	4877	19407	19424	19476	19548	19549	19574	9043	9061	9085	9125	9128	9159	29292	29250	29253	29240	29245	29280
5055	5154	5161	5210	5226	5234	19607	19656	19710	19710	19720	19756	9175	9179	9197	9199	9204	9219	29292	29299	29312	29246	29246	29280
5279	5404	5409	5453	5447	5524	19808	19827	19859	19868	19869	19899	9229	9319	9397	9402	9551	9453	29292	29258	29259	29245	29245	29280
5549	5582	5592	5674	5709	5771	19902	19917	19938	19943	19969	19977	9559	9542	9574	9602	9627	9669	29752	29754	29866	29886	29941	29945
5774	5795	5826	5874									9714	9715	9756	9765	9765	9775	29947					
6008	6012	6022	6057	6061	6114	20006	20058	20071	20075	20085	20118	9788	9835	9908	9959	9969	9975	25087	25097	25185	25205	25355	25364
6209	6258	6265	6305	6316	6356	20156	20192	20198	20208	20216	20251	10023	10058	10091	10095	10116	10145	25302	25304	25312	25351	25354	25360
6507	6429	6442	6492	6512	6542	20281	20510	20512	20515	20519	20532	10023	10058	10091	10095	10116	10145	25391	25408	25436	25471	25494	25530
6567	6565	6636	6636	6685	6716	20388	20405	20418	20499	20528	20548	10023	10058	10091	10095	10116	10145	25543	25571	25575	25598	25607	25648
6769	6816	6862	6898	6913	6937	20552	20621	20629	20698	20726	20758	10023	10058	10091	10095	10116	10145	25676	25683	25720	25755	25787	25795
6974	6989					20835	20876	20950	20952	20967	20974	10023	10058	10091	10095	10116	10145	25815	25831	25832	25857	25874	25886
7055	7059	7119	7168	7216	7252	21002	21005	21004	21058	21044	21057	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
7312	7517	7342	7367	7400	7417	21070	21157	21225	21249	21355	21379	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
7555	7542	7551	7620	7650	7653	21589	21418	21455	21452	21456	21481	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
7714	7761	7774	7796	7809	7900	21515	21565	21592	21617	21686	21695	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
7932						21726	21738	21744	21755	21771	21775	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
8006	8007	8027	8042	8069	8157	21797	21843	21928	21975			10122	10150	10167	10169	10171	10171						
8220	8252	8257	8265	8284	8295	22066	22067	22085	22102	22150	22244	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
8297	8517	8596	8414	8452	8464	22255	22502	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
8470	8538	8559	8588	8617	8661	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
8668	8671	8678	8686	8714	8757	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
8775	8802	9324	9357	9354	9350	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
8982						22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9005	9007	9150	9174	9251	9252	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9291	9512	9539	9550	9599	9607	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9411	9414	9418	9448	9464	9486	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9517	9519	9525	9585	9672	9692	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9705	9754	9741	9753	9756	9775	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9776	9802	9820	9823	9827	9852	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9856	9841	9862	9865	9875	9884	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
9896	9904	9959	9983	9989		22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
10197	10206	10218	10221	10267	10276	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
10319	10553	10382	10599	10415	10480	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
10557	10673	10678	10691	10717	10734	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
10768	10784	10815	10839	10898	10922	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
10944	10983					22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
11001	11064	11105	11114	11142	11211	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
11221	11227	11228	11284	11369	11552	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
11552	11556	11458	11460	11467	11472	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
11485	11569	11578	11611	11642	11643	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
11709	11767	11775	11804	11857	11850	22505	22507	22515	22516	22547	22594	10122	10150	10167	10169	10171	10171						
11877	11906	11907	11916			22505	22507																